

sistía en allanar montañas, rellenar valles, tender puentes sobre los mares, preparar el terreno para una nueva transformación de cosas.

El mundo antiguo había desaparecido; quedaba lugar para un mundo nuevo. En sus últimas convulsiones, la antigua Roma había dejado sentir sobre los cristianos su mano cruel y había buscado una expiación de su caída en la sangre de las primicias de la nueva Roma, del mundo nuevo. No pensaba que, al obrar así, ofrecía al mundo una riquísima compensación á su pérdida. Había encontrado la verdadera simiente de donde debía salir un porvenir más hermoso. La sangre de los mártires producía el céntuplo, ⁽¹⁾ y muy pronto vióse elevarse sobre las ruinas y vestigios de la antigüedad un mundo completamente nuevo, el mundo sobrenatural.

(1) Tertullian., *Apolog.*, 50.

APÉNDICE

¿CUÁNDO LA ANTIGÜEDAD ENCONTRÓ SU FIN
Y QUIÉN FUÉ SU SEPULTURERO?

1. El Cristianismo no es el sepulturero del mundo antiguo.—Entre los que lamentan la desaparición de la antigüedad, no sólo los estetas,—los cuales darían todo el arte cristiano por el descubrimiento de un Mercurio de Praxiteles,—y los filólogos,—para quienes un fragmento raro ofrece más interés que la literatura cristiana de dos siglos;—sino también muchos de los que se felicitan, y felicitan al mundo, de que el Cristianismo haya suscitado un nuevo orden de cosas á la vida, no pueden ocultar su descontento por las muchas magnificencias antiguas que esta nueva transformación ha hecho desaparecer. «Preciso era, dicen, que esta nueva religión destruyese todo lo que los hombres habían creado de grande antes de ella. ¿No hubiera valido más para ella distinguirse de aquellos sabios que creen no poder fundar sistemas más que sobre el sepulcro de sus predecesores? Admitimos que el Cristianismo era necesario; pero esto ¿era una razón para que se convirtiese en sepulturero de la antigüedad?»

De hecho, no es posible deplorar suficientemente la pérdida de tantos monumentos debidos al talento y á la civilización de la antigüedad. ¿Qué no diéramos por poseer las obras de los antiguos historiadores de Egipto, Babilonia y Persia! ¿Qué tesoros no han sido perdidos en Alejandría? ¿Cuál es el amigo del arte que no sienta sangrar su corazón cuando reflexiona en el número de obras maestras artísticas que se han perdido para nosotros? ¿Dónde

hay un hombre de corazón, un amigo de la humanidad, que no se sienta emocionado al pensar que los frutos de tanta labor y tantos brillantes talentos han sido conquistados en vano?

Mas ¿quién tiene autoridad para hacer responsable al Cristianismo de la ruina de aquellas magnificencias? ¿Acaso no se hubieran perdido también? ¿Es que muchas otras cosas no habrían perecido igualmente aunque el Cristianismo no hubiese existido nunca? Nos horrorizamos al contemplar la destrucción que ha sufrido el Foro Trajano, y nos preguntamos: ¿Quién ha demostrado más grandeza, el mártir cristiano que cinceló aquellas masas de piedra, ó el bárbaro que quebró las columnas de granito como el niño de nuestros días rompe un cigarro? Nos estremecemos, al pasar el puente de Santángelo, pensando que los soldados de Belisario arrojaron las más preciosas estatuas de mármol del sepulcro de Adriano sobre los ostrogodos de Vitiges que sitiaban el castillo. Pero ¿qué tiene que ver el Cristianismo con estas gentes? ¿Y qué con la destrucción de Roma por Alarico, Genserico, Totila y Roberto Guiscard? ¿qué con el saco de Roma por las tropas de Carlos V?

Que muchas obras de arte han sido condenadas á la ruina á consecuencia de la introducción del Cristianismo, lo admitimos de buen grado. Y no podía ser de otra manera. Que se reflexione por un instante en las razones que han dado lugar á la destrucción de Irminsul ó del gran templo de Triglav en Stetín. El más entusiasta por la antigua religión que prescribía sacrificios de caballos, comprenderá perfectamente que el aniquilamiento de la encina sagrada por Bonifacio, la destrucción del santuario de Gützkow por Otón, la ruina de los dólmenes y bosques sagrados de los druidas por Martín, eran por lo menos tan necesarios como podía serlo, por parte de Alemania, la destrucción de la biblioteca de Strasburgo, cuya pérdida es irreparable, y esto con el único objeto de reconquistar Alsacia.

Por otra parte, estas cosas son raras, más raras de lo que se cree ordinariamente. Sin embargo, no debe imputarse únicamente al Cristianismo la ruina de Vineta y la extinción de la raza helénica, porque estas desgracias hayan ocurrido en tiempos cristianos. Con semejante lógica, puédesse evidentemente acusar al Cristianismo de todo lo que desde su aparición han hecho los cristianos en perjuicio de la antigua civilización. Así es como se han complacido en atribuir en todo tiempo al Patriarca Teófilo ⁽¹⁾ el asalto del Templo de Serapis y la destrucción del templo de los ídolos de Alejandría, aunque las antiguas fuentes ⁽²⁾ nos aseguran que fué el mismo emperador quien esto ordenó, porque colocados aquellos ídolos en una ciudad que pasaba por la más tumultuosa del Imperio, era ella un foco de rebelión continua, sin hablar de las intemperancias que esto originaba. Pero es todavía una injusticia mayor imputar al Cristianismo, como ordinariamente se hace, la horrible muerte de Hipatía. El mismo Sócrates, enemigo jurado de Cirilo, no se la atribuyó, y ciertamente no hubiese dejado de hacerlo si se le hubiese presentado la menor ocasión. Mas, por el contrario, dice expresamente que la causa de aquel crimen horrible fué el odio general que aquella desgraciada se había atraído por su amistad con el gobernador Orestes, porque á ella se atribuía el furor implacable de este último contra Cirilo y la rebeldía á que dió lugar. ⁽³⁾

No, el Cristianismo no es responsable de todo lo que le imputa el ciego odio de sus adversarios, y, á veces, el celo mal aconsejado de sus partidarios. Jamás un ejército conquistador, jamás una civilización victoriosa, jamás una escuela filosófica ó histórica, ha tratado con tanto miramiento, como la Iglesia lo ha hecho por la antigüedad, á adversarios á quienes ella ha debido despojar de sus po-

(1) Cf. Teodoreto, *Hist. eccl.*, V, 22. Sócrates, V, 16.

(2) Sozomeno, VII, 15. Freculfo, *Chron.*, II, 4, 30.

(3) Sócrates, *Hist. eccl.*, VII, 15.

sesiones. ⁽¹⁾ ¿Cuántos templos y estatuas ha destruído ella en Roma? Pronto se podrían contar, pero se necesitaría mucho tiempo si se quisiera enumerar todas las obras intelectuales y artísticas que le deben la conservación. El Panteón hace ya mucho tiempo que hubiera sido arruinado, si no hubiese sido por la Iglesia. Lo que Prudencio hizo ver en una visión del mártir Lorenzo, ⁽²⁾ se ha cumplido al pie de la letra: Los mármoles han quedado, pero se ven rodeados de nuevo esplendor; las estatuas de bronce no han sido destruídas, sino que solamente han sido despojadas de su significación pagana, y desde que se han hecho inofensivas, se las ha dejado sin escrúpulo en el lugar que ocupaban, y aun han sido trasladadas á lugares más convenientes. ⁽³⁾

En tiempo de los emperadores bizantinos, Constantino, Teodosio, Justiniano, fueron maltratados los tesoros del arte antiguo, tanto en Roma como en Grecia; pero la causa de ello no fué el vandalismo, sino el amor al arte sin las consideraciones debidas. La ambición de reunir en Constantinopla todas las obras maestras del mundo, indújoles á cometer las mismas violencias que lord Elgin. De este modo fueron trasladados á la capital del Bósforo el Zeus de Fidias desde Olimpia, la célebre Juno de Samos, la Afrodita de Praxiteles, el Cairo de Lisippo ⁽⁴⁾ y el coloso Hércules ⁽⁵⁾ del mismo maestro, que ya antes había sido arrebatado de Corinto por Cunctátor y colocado en el Capitolio. ⁽⁶⁾

Que muchas estatuas, consideradas desde el punto de vis-

(1) Schulze, *Untergang des Heidenthums*, I, 343 y sig., 375 y sig.; II, 169 y sig., 230 y sig., 266 y sig., 281 y sig. Arneht. *Das klassische Heidenthum*, II, 317.

(2) Prudentio, *Peristeph.*, II, 473 y sig. C. Symmach, 2, 502 y sig.

(3) Reumont; *Gesch. der Stadt Rom.*, I, 710 y sig. Vøgelin, *Ueber das Verhaeltniss der Christen zur bildenden Kunst.*, Basel, 1872, 12 y sig. Gregorovio, *Rom.*, (3) I, 56 y sig., 68 y sig., 72 y sig.

(4) Jorge Cedrenus, *Compendium historiarum* (Migne, P. G., 121, 614, b. 616 d).

(5) Nicetas Choniates, *De statuis antiquis*, 5 (Migne, P. G. 139, 1047. c).

(6) Plutarco, *Fab. Max.* XXII, 8. Strabón VI, 3, 1.

ta moral, no podían ser inofensivas, es sumamente claro; ⁽¹⁾ que ellas fueran condenadas á la destrucción, es perdonable. Por lo demás, hay que tener en cuenta que la tolerancia sobre este punto fué muy grande, y así, gran multitud de objetos nos demuestran que, por su valor artístico ó intrínseco, se hizo con ellos la vista gorda de un modo muy sorprendente. En el peor caso, se procedía como con la Venus del Capitolio ó con el Hércules del Vaticano, los cuales, con el mayor cuidado, fueron encerrados en nichos.

No, los cristianos rara vez se han conducido como vándalos. Admitimos de buen grado que ha habido excepciones; pero los paganos fueron los primeros que desertaron de sus templos. Estaban éstos abandonados; nadie tocaba ni su oro ni sus ornamentos; hallábanse cubiertos de polvo y telarañas. ⁽²⁾ Entonces el emperador dió permiso para apoderarse de ellos; pero ni siquiera entonces desencadenó la Iglesia su furor contra los monumentos de arte. Allí donde fué posible, los transformó en templos del verdadero Dios. ⁽³⁾ Á veces, por razones particulares, pudieron suscitarse escrúpulos sobre este punto en ciertas regiones, ⁽⁴⁾ pero se prescindía de ellos en gracia á la antigüedad. ⁽⁵⁾ Así fué como las bases de aquellos monumentos permanecieron intactas, lo mismo que las obras que había elevado sobre fundamentos sólidos y utilizables; pero un nuevo espíritu entró en el antiguo edificio, y convirtió en joven y nuevo lo que era antiguo. ⁽⁶⁾

En una palabra: No se ha de mirar al Cristianismo como al sepulturero de la antigüedad. En todo lo que dependía de la Iglesia, el esplendor de la Roma antigua no sufrió gran perjuicio. Bonifacio y Carlomagno pudieron contemplar los más importantes monumentos de la antigüedad. La ruina sistemática de Roma sólo empezó cuan-

(1) Schultze, II, 336.

(2) Jerónimo, *Ad Lætam ep.* 7 (*Mart.*, 57. *Vall.*, 107) c. 1.

(3) S. Agustín, *Ep.*, XLVII, 3.

(4) Gregorio Magno, *Ep.* XI, 66.

(5) *Ibid.*, XI, 76.

(6) Ennodio, *Dictio*, 2.

do fué dominada por la nobleza, se continuó durante «la cautividad de Babilonia», y terminó cuando resucitaron los humanistas. Apenas damos crédito á nuestros ojos cuando leemos las devastaciones cometidas por estos nuevos adoradores del Paganismo. Recuérdese la construcción del Palacio de Venecia y el saco de Roma por las tropas de Carlos V. Uno de los más inconsiderados bárbaros en este punto fué el gran Bramante, ⁽¹⁾ el cual precisamente hallábase dotado del más delicado sentimiento artístico. No le censuremos mucho por ello; los hombres que llevan un nuevo mundo en la cabeza son malos conservadores de lo antiguo. Lo mismo debe pensarse de los servidores de la Iglesia, considerando que han obrado impulsados por idénticos motivos. ⁽²⁾

2. La gran transformación se realizó á espaldas del Cristianismo.—El Paganismo, ó mejor, la antigüedad, no esperaba, como el gladiador, el golpe de gracia de manos del vencedor, sino que se dió á sí misma la muerte por manera verdaderamente antigua, aun antes de haber trabado el combate.

El que considere los decretos de Constantino y de Teo-

(1) Cf. Pastor, *Geschichte der Päpste*, III, 707 y sig., 714.

(2) El que conozca la inmensa sabiduría que ha presidido al examen de la topografía de Roma, y el que sepa cuán exiguo es el resultado de estas investigaciones, comprenderá lo fácil que es dirigir censuras á la Iglesia y la dificultad, tanto de probarlas como de refutarlas. En el reinado de Teodorico, el cual profesaba un amor verdaderamente pedantesco á la antigüedad, todo estaba todavía en el mejor estado; el Palatino aparecía en su *pulchritudo mirabilis* como *pulcherrima habitatio* del mundo (Casiodoro, VII, 5). El Capitolio fué reedificado por Albino después de haberlo saqueado los visigodos, año de 414. (Olimpiodoro, *Frag.* 25, Müller, *F. H. G.*, IV, 62). También es evidente que las depreciaciones causadas en aquél por los vándalos habían sido reparadas, pues aun en tiempos de Teodorico era considerado como el *primus locus in Romanis moribus* (Casiod. VII, 17). El Foro Trajano era y seguía siendo un *miraculum* (VII, 6). Las termas (VII, 6) y los viaductos estaban todavía intactos (III, 53; VII, 6). Todavía existía *illa mirabilis silva moenium* VII, 15). En una palabra, Roma entera era todavía una maravilla (VIII, 15). Con Tolila empezó la obra de destrucción. Entonces se dió el decreto de Teodosio II contra los templos (*Hist. trip.*, X, 27), pero este decreto, más que la destrucción, originó el saqueo, por lo menos en Roma. Gregorio el Grande hizo pasar las procesiones por el Foro Romano, el cual estaba entonces en todo su esplendor. (Paul. Diác., *Vita S. Gregor.*, XXVII; *Opus S. Gregor.*, IV, 1, 14, a). El Foro Romano estuvo, como

dosio y la destrucción del altar—no de la estatua ⁽¹⁾—de la Vitoria ⁽²⁾ del salón de sesiones del Senado como la sentencia de muerte de la antigüedad, debe tener ideas singulares sobre el valor y la fuerza de una tendencia inte-

lo prueba la columna de Focas, en su estado primitivo hasta mediados del siglo VII. Desde esta época es muy difícil determinar con certeza la marcha de la decadencia de Roma. A fines del siglo X ó principios del XI, debió quedar fuertemente deteriorado el Foro Trajano. (Jordán, *Topografía*, II, 466). Difícil es decir lo que ocurrió con el Capitolio y el Palatino. El Capitolio desaparece de la historia sin que nos haya quedado la menor noticia de su suerte. (Arneth, *El paganismo clásico*, II, 317). Es muy extraño que el templo de Júpiter no fuese convertido en magnífica iglesia cristiana. Otón II y Otón III habitaron el Aventino, y, como motivo de ello, se asegura que no fué por estar destruido el Palatino, sino porque el Aventino era la parte más sana de Roma: más tarde se demostró lo contrario. Desgraciadamente, los admiradores nos dan pocos datos sobre los edificios que habían sido destruidos ó quedaban en pie. Por los últimos críticos sabemos que el *arcus aureus marmoreus triumphalis Alexandri ad Celsum* se derrumbó en tiempos de Urbano V (1362-1370) al peso de su antigüedad (Jordán, *Topografía*, II, 608. Urlich, *Codex Urbis Topograf.*, 153). A la Edad Media se le dirigen muchas acusaciones, pero la verdad es que fué tan sólo víctima de la edificación de la nueva ciudad desde los orígenes del Humanismo, y lo mismo el Coliseo. Sixto V desfiguró la ciudad: sus nuevas calles hicieron desaparecer las viejas. Entonces todavía existía el *Septizonium* (pueden verse las láminas referentes á él en Gamucci, *Antichità*, 1569, p. 82. Fulvio, *Antichità*, 1588, p. 146 b); pero aquel Papa lo hizo derrumbar y llevar las columnas á S. Pedro. Paulo V saqueó especialmente el Aventino y también el Foro de Nerva (Láminas de los tiempos antiguos en Gamucci, 52; Fulvio, 107 b). Alejandro VII hizo demoler el arco de Marco Aurelio (que se llamaba de Domiciano; láminas en Gamucci, 115 y sig.; Fulvio, 113 b). ¡Cuán diferentes son los tiempos y sus tendencias! ¡Un príncipe bárbaro como Teodorico, en una época moribunda, incapaz de producir nada por sí misma, sobrepuja al siglo XIX en sus cuidados por conservar y restaurar, y, en tiempos afanosos de producción, los más refinados genios, tales como un Borghese, un Chigi, imitan á los bárbaros en su celo destructor! ¡Sólo con tristeza es posible pensar en el destino de la cultura humana: la carencia de ilustración acaba con ella, y el mismo resultado ofrece una nueva educación libre! ¡Quién obró con más solidez, Totila ó la Roma cristiana en su creación, levantando las admirables fábricas de San Pedro, San Pablo, Santa Sabina y Santa María la Mayor? ¡Quién ha destrozado más mármol, los ignorantes yeseros ó los ornamentadores y maestros del *Opus Alexandrinum*? ¡Quién ha desfigurado más á Roma, los castillos levantados por la brutal nobleza ó los admirables edificios del Renacimiento? Nunca deploraremos suficientemente la falta de justicia. Si en una hermosa y espléndida mañana, subimos al Panteón, ó á Santa María de los Angeles, ó siquiera á los Doce Apóstoles, ¿no nos será lícito preguntar qué hubiera sido de estos restos, si la Iglesia no los hubiese conservado?

(1) Reumont, *loc. cit.*, I, 711.

(2) Boisier, *La fin du paganisme* (2), II, 260 y sig.

lectual. Aun suponiendo que esta hipótesis respondiese á los hechos, sería la prueba más cierta de que el espíritu antiguo estaba ya agonizando. De otro modo, habría sido imposible que algunos decretos, muy moderados, del poder secular hubiesen podido enterrarlo.

En los tiempos antiguos como en los modernos, el mundo ha visto que, medidas violentas aplicadas contra un poder especial que todavía es una potencia, quedan completamente sin efecto.

Pero la verdad es que, en aquella época, el espíritu de la antigüedad había desaparecido del mundo hacía ya mucho tiempo. El Paganismo existía todavía, es verdad, y, por varios conceptos, en los últimos tiempos dió mucho mejor que antes la prueba de una actitud enérgica y de una resistencia más audaz contra las influencias extrañas. ⁽¹⁾ Pero el paganismo, y singularmente esta especie de paganismo, no es lo mismo que la antigüedad. El espíritu antiguo, que en otro tiempo había elevado el edificio de la religión, de la vida y del Estado pagano, no existía ya. Sin embargo, el esqueleto resistió aún por largo tiempo antes de caer á trozos. Es este un fenómeno que á menudo se ha notado en la historia. ¿Cómo las ciudades de Atenas y Esparta prolongaron aún por largo tiempo su existencia, á pesar de que, desde mucho antes, no estaban ya animadas del aliento que les había dado el ser? ¿Y quién hubiese podido conocer desde cuántos años antes el Santo Imperio Romano de Alemania había comenzado á convertirse en cadáver y en momia, cuando le llegó el desastre final?

Ya hemos visto cómo, aun en tiempos de Augusto, los espíritus perspicaces presentían que había terminado el mundo antiguo. Desde Nerón, era la persuasión íntima de todos aquellos cuya opinión merece alguna confianza. Séneca, irritado porque todavía quedaba alguna señal de esperanza, y Epicteto, completamente resignado, son los dos hombres que hicieron el último esfuerzo para salvar

(1) Boisier, *l. c.*, II, 235 y sig.

de la antigüedad lo que podía ser salvado aún, añadiéndole ideas nuevas que venían entonces de todas partes, sin que nadie supiese ni por quién ni cómo. Aquellos filósofos querían sostener el viejo edificio, querían restaurarlo y embellecerlo; pero, conscientemente ó no, pues esto importa poco en estos momentos, echaron mano de mortero, de piedras de ornamentación y de sillería procedentes de los materiales aportados con gran trabajo por manos activas y, no obstante, invisibles, para elevar un nuevo edificio.

Desde fines del primer siglo, vese apuntar rápidamente la certeza de que la antigüedad desaparecía, y de que empezaba una nueva época. Ya no es posible prolongar su existencia recurriendo á ideas nuevas; preciso es ataviar á lo nuevo con lo nuevo, preciso es adelantarse al movimiento para dominarlo.

Esta es la convicción que hizo nacer toda una nueva clase de producciones literarias, y esto en todos los dominios de la literatura á la vez: en el de la filosofía de la religión, el poema de Focílides, ⁽¹⁾ para escoger un ejemplo notable; en el de la estética, las sentencias de Sexto, ⁽²⁾ y en el de la historia del derecho, la admirable *Lex Dei*. ⁽³⁾

Entre el número de las nuevas ideas cristianas tómanse algunas que flotan en el aire; se coordinan, no importa cómo, con tal que formen un todo; se las sazona cuanto se puede con salsa antigua, para hacerlas digerir más fácilmente, y, sobre todo, para impedir á los espíritus penetrar hasta el fondo de las novedades del Cristianismo. En adelante, lo nuevo es lo principal, y lo antiguo no es más que un ornamento y un medio para hacer lo nuevo más sugestivo y aceptable.

Ahora bien, este movimiento se divide en dos grandes corrientes.

La una se inclina principalmente hacia aquellas ideas

(1) Ueberweg, *Geschichte der Philosoph.*, (4) I, 242. Thudichum, *Die griechischen Lyriker*. 107 y sig. *El texto en la traducción alemana. Ibid.*, 112-120.

(2) Zeller, *Philosoph. der Griechen*, (3) III, I, 679 y sig.

(3) Ordinariamente llamada Collatio (Pariatio), legum mosaicarum et romanarum. Rudorff, *Röm. Rechtsgeschichte*, I, 284 y sig.